



La academia y la izquierda latinoamericana a partir del derrumbe del comunismo soviético¹

Por Maria C. Werlau

26 de abril de 2022

En la posguerra fría, el objetivo estratégico de la izquierda radical sigue siendo el de antes: derrotar a la democracia de libre mercado y a los Estados Unidos. Sin embargo, con el liderazgo intelectual, político, y táctico del régimen cubano, ha adoptado un modelo cada vez más alejado de la ortodoxia socialista y con contradicciones ideológicas cada vez más manifiestas.

En la actualidad prima una variación del modelo del Foro de Sao Paulo, inaugurado por Fidel Castro en 1990 inspirado en el italiano neomarxista Antonio Gramsci, para reconstituir a la izquierda luego del derrumbe del bloque comunista soviético. El Foro cobró fuerza cuando Castro logró llevar a la presidencia de Venezuela a Hugo Chávez (feb. 1999), quien destinó gigantescos recursos a la histórica gesta expansionista de su mentor.

Al poder no se llega con los focos guerrilleros de antaño sino inicialmente por la vía electoral (a menudo con maletas de dinero ilegal, aporte del castrochavismo). Las instituciones de la democracia liberal se desmontan desde adentro. Se instalan estados autoritarios de corte mafioso cuyas elites se proyectan indefinidamente en el poder, asentadas en el capitalismo de estado, la corrupción y las actividades criminales.

La planificación central socialista es solo para imponer al pueblo una política estatal de pobreza con dependencia social. Reducidas elites gobernantes usurpan y acaparan prácticamente todo el capital, nutren millonarias cuentas en paraísos fiscales y se hacen dueños de empresas capitalistas y bienes raíces de lujo por el mundo (prefieren París y Londres a Moscú o Pyongyang). Su permanencia depende en gran parte de tácticas asimétricas (“sharp power”) que Cuba lleva seis décadas perfeccionando con su enorme policía política y aparatos de inteligencia y propaganda. Las dádivas populistas ya son más bien solo retóricas, ya que el modelo, por una deformación estructural intrínseca, se autodestruye económicamente y depende cada vez más de fuentes externas de sustento tales como préstamos de China y actividades ilegales.

El bloque castrochavista incluye a Nicaragua, Bolivia y varias islas del Caribe, está unido en torno al llamado “socialismo del siglo XXI” y contempla la integración regional bajo el ALBA (Alianza Bolivariana de los Pueblos de Nuestra América). No se habla de comunismo, salvo en entornos

¹ La autora, Directora Ejecutiva de Archivo Cuba, presentó extractos de esta ponencia en el panel titulado “Perspectivas académicas sobre el concepto de izquierdas y derechas en el siglo XXI,” de la conferencia organizada por el Interamerican Institute for Democracy y The Adam Smith Center for Economic Freedom de Florida International University, Miami, 26 de abril de 2022.

selectos, aunque Cuba, el estratega jefe, tiene una constitución comunista. Tiene amigos declarados en México y Argentina y fuertes alianzas internacionales con actores estatales autoritarios (Irán, Rusia, China, Siria, Norcorea, etc.) y con actores no estatales (grupos subversivos y terroristas, narcoguerrillas, y carteles criminales y de droga). Éstos comparten estrategias militares, inteligencia y tecnología, establecen redes para el narcotráfico, lavado de dinero, etc., se apoyan en los organismos internacionales y colaboran ampliamente en materia económica, científica, etc. Su objetivo compartido es crear un mundo multipolar para enfrentar al poderío de Estados Unidos y a las democracias liberales.

El engendro original tuvo triunfos sucesivos hasta el 2015, cuando miembros del Foro ya ostentaban la presidencia de numerosas naciones de Latinoamérica, Cuba había logrado la legitimación del gobierno de Estados Unidos y el castrochavismo casi había destruido la OEA. En 2019, ante el creciente deflaco económico de Venezuela y Cuba, así como un gobierno paralelo de Guaidó logrando creciente apoyo, se abandonó el modelo gradualista para desatar una insurgencia coordinada en varios países de la región, blancos históricos del castrismo. Se desenfundaron tácticas que Cuba había puesto en práctica, con mucho éxito, en los años ochenta en muchas ciudades de Latinoamérica.

Paradójicamente, ¡qué ironía!, la dictadura cubana logró convertir a los EEUU, “el imperio,” en su mayor habilitador y principal fuente de ingresos. Durante la presidencia de ocho años de Barack Obama (2009-2017), se legitimó política y diplomáticamente al régimen cubano y se aflojaron las sanciones económicas, permitiendo prácticamente todo viaje, asistencia y transferencias a los cubano-americanos a la misma vez que Estados Unidos recibió a casi 400,000 inmigrantes cubanos. En el gobierno actual de Joe Biden, la dictadura cubana ha encontrado un nuevo habilitador con la ayuda de Nicaragua y otros países de la región. En los cinco meses entre octubre y marzo pasados, EE.UU. ha recibido a casi 80,000 cubanos, casi todos por la frontera sur. La más reciente estampida ha aflojado las presiones para un cambio político en la isla y busca garantizar al régimen un creciente flujo de ingresos (remesas, asistencia material, viajes, llamadas telefónicas, tarifas de aduana y pasaportes, etc.). Maduro en Venezuela y Ortega en Nicaragua están también empleando este esquema de migración forzada con el doble propósito de reducir presión interna y devengar millonarios ingresos.

Diez días antes de entregar la presidencia, Obama también canceló el programa de visas especiales para recibir trabajadores de la salud cubanos explotados en terceros países, ayudando a salvaguardar la exportación de la fuerza laboral esclava del estado cubano, que es su segunda fuente oficial de ingresos y una herramienta crítica para la expansión del modelo y de la influencia cubana a nivel global.

Asimismo, el gobierno de Obama también abrió el turismo estadounidense a Cuba, que le ingresó miles de millones de dólares hasta que el gobierno de Trump cerró bastante la llave. Este aún no regresa masivamente tras la pandemia, pero Cuba se está preparando. En 2020 y 2021, la inversión del estado en la construcción de inmuebles hoteleros y de alquiler (que están en manos del conglomerado empresarial militar) fue de 47,1% y 45,5 % respectivamente. Mientras tanto y en plena pandemia, la participación de los servicios sociales y de salud en la inversión total del estado fue de solo 0,8%.

En Cuba, emergen ostentosos hoteles de cinco estrellas para turistas capitalistas, donde una sola noche vale el salario entero de varios meses del cubano promedio, mientras el país se cae a pedazos y los ciudadanos hacen colas de doce horas para intentar comprar dos latas de sardina. En Venezuela, las mafias chavistas con sus aviones privados han perpetrado lo que es posiblemente el mayor deflaco de la historia y ahora todos menos ellos son más pobres. Ortega, por su parte, tiene hace décadas su mansión en la hermosa playa cubana de Varadero, regalo de Fidel, y sabe Dios cuántos millones guarda

en cuentas ocultas. Los privilegios exclusivos para la alta nomenklatura siempre fueron parte del comunismo soviético, pero era de forma mucho más vedada; ahora es con total descaro.

Todo esto no puede estar más lejos de las promesas del socialismo. Pero la mayor parte de la izquierda, desde la radical hasta la moderada, sigue sin enterarse y muchos académicos y otros expertos, captados por los servicios de inteligencia cubanos o enamorados de una utopía, continúan insistiendo desde Washington, Ginebra, Sídney, Glasgow y Buenos Aires que hay que imitar el modelo cubano. Hay sobradas evidencias de la esencia totalitaria, criminal y depredadora del castrochavismo, así como del peligro que representa para la seguridad regional. Este es el reto para la academia mundial, que apenas comienza a hablar de “democracias iliberales.” Llegar por la vía electoral al poder no hace que la destrucción sistemática de la libertad sea “democrática.”